

## VII.

Cruel cautiverio de Margarita de Borgoña.—Arrepentimiento de Blanca.—Muerte de Felipe el Hermoso.—Luis piensa en contraer nuevas nupcias.—Ejecucion de Margarita de Borgoña.—Blanca en la abadía de Maubuisson.—Juana vuelve á la torre de Nesle; su testamento; su muerte.

La sentencia en cuya virtud sufrieron tan tremendo suplicio los hermanos de Aunoi, condenaba á Margarita de Borgoña y á Blanca á un encierro perpétuo.

Tal era la justicia de aquellos tiempos.

Pero el cautiverio de esas dos mugeres infames fué acompañado de tantas privaciones, de tantos tormentos físicos y morales, que seguramente debiera haberles parecido muy suave la muerte, si se la hubieran dado.

Como ya dijimos, la reina de Navarra encerrada en un calabozo subterráneo, tuvo por lecho un poco de heno, que pronto quedó convertido en un infierno fétido y nauseabundo, y por único alimento pan y agua.

Antes de que transcurriera mucho tiempo, vió convertidos sus vestidos en harapos que iban deshaciéndose poco á poco; hincháronse las piernas, apagóse su mirada; pero todos estos padecimientos no fueron bastantes para ablandar ese corazón de hiena. Con injurias y con amenazas era como acogía al carcelero que tenia el encargo de llevarle sus escasos alimentos; sus gritos, sus imprecaciones se dejaban oír continuamente en la fortaleza, y cada vez eran mas violentas, mas iracundas, mas obscenas.

A Blanca la trataban de la misma manera que á su cuñada; pero ella se arrepentía sincera y hondamente, y se mostraba completamente resignada con su triste suerte.

A pesar de que las habian encerrado en calabozos separados, estos estaban tan cercanos uno de otro, que sin necesidad de alzar mucho la voz, podian hablarse, y nó pasaba dia sin que Blanca no se esforzara en moderar la agitacion y los resentimientos de su cómplice.

—Por la Santísima Virgen María, querida hermana,—le decia,—no os empeñéis en la perdicion de vuestra alma. A tan grandes pecadoras como somos ambas, no es justo que se las imponga una severa penitencia?



CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.





—Hablad por vuestra propia cuenta, contestaba furiosa la implacable Margarita. Si os place llevar con paciencia esos ultrages, yo soy demasiado orgullosa y demasiado noble para sufrirlos de buen grado.

¡Ah! rey villano y maldito que, sin vergoña tratas así á una dama cuya testa lleva una real corona; si te tuviera yo por delante al frente de cincuenta mil lanzas, veríais, veríais quién es tu nuera Margarita...

¡Alzate, Borgoña, álzate en masa! Sus, sus contra ese maldito! Borgoña, Borgoña; qué no es tiempo todavía de preguntarle á ese can coronado qué se hizo la hija de tu poderoso amo y señor Roberto II?

—Margarita,—volvía á decir Blanca,—las puertas del infierno se abren para los que no están arrepentidos. . . . Sois vos la que causasteis todas mis desgracias, querida hermana, y os perdono para que vos también perdoneis. . . .

—No, nunca, jamás! Venganza es lo que apetezco mas que todo en este mundo y en el otro, si es que lo hay.—Ah! Juana, gazmoña y morigerada esposa de messer Satan, si algun dia llego á tener al alcance de mis manos tu cara hipócrita, con qué delicias te arrancaré esos ojos de serpiente y tu lengua maldita!

Nada podia apaciguar á esa furia que con júbilo hubiera hecho el sacrificio de su vida y de su salvacion con tal de gozar de una hora de venganza.

Sabedor el rey de la impertinencia de Margarita y del arrepentimiento sincero de Juana, tuvo compasión de ésta y la perdonó, con la condicion de que se encerraria durante un año en la abadia de Maubuisson para acabar de purificarse allí con los ejercicios y las privaciones de la vida monástica.

Esta circunstancia agravó mas aún la situacion de la reina de Navarra; desde entonces ninguna otra voz humana mas que la suya hirió su oido, pues su carcelero tenia orden espresa de no dirigirla en ningun caso la palabra, y de no contestar las preguntas que le hiciera.

Al fin vino la muerte á poner coto á esos padecimientos y á ese estado de exaltacion y de furor incansables.

Esta muerte fué horrible, y puede decirse que esta muger murió de la misma manera que habia vivido.

Para mayor inteligencia de nuestros lectores, retrocederémos unos cuantos pasos hácia el pasado.

Hemos dicho mas arriba que merced á las prodigalidades de Felipe el Hermoso y de su familia, las arcas del Estado se hallaban siempre vacías á pesar de los impuestos enormes que pesaban sobre el pueblo, á pesar de las confiscaciones inicuas, de la alteracion de las monedas acuñadas &c. Fácil es comprender que la recaudacion de esos impuestos que cada dia iban mas y mas en aumento, no se verificaban sin que se alzarán desde los puntos mas lejanos del reino en contra del monarca y de su gobierno multitud de quejas y maldiciones. En Paris, especialmente, esa grito degeneraba á veces en amenazas, y á menudo esas amenazas degeneraban en una verdadera sedicion.

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



Hacia el año de 1306, una de esas asonadas tomó un carácter tal de gravedad que el rey, asediado por el pueblo enfurecido en su propio alcázar, se vió obligado à refugiarse en el palacio del Temple.

Acogióronle los templarios; pero à pesar de que eran reputados, y con sobrada razon, por los caballeros mas bizarros de la época, no hicieron esfuerzo ninguno para despejar al rey en cuyo seguimiento venia el populacho.

Felipe se quedó profundamente resentido de este hecho cuyo recuerdo conservó durante largo tiempo: en cuanto quedó restablecido el órden quiso sacar de lo que consideraba como una infame traicion, una venganza ejemplar, venganza que debia ser tanto mas suave à su corazon cuanto que la órden del Temple, semi-religiosa, semi-militar, poseía inmensas riquezas.

El 13 de Octubre de 1307, el gran maestro Santiago Molay fué arrestado en Paris en union de sesenta caballeros, y el gobierno tomó tan bien sus medidas que los demas caballeros que habia en las provincias de Francia fueron aprehendidos el mismo dia y à la propia hora.

La pluma, dice Anquetil, se niega à trazar los delitos de que fueron injustamente acusados estos religiosos; abjuracion de la fé, orgías libertinas, ceremonias abominables complicadas de infanticidios; en una palabra, todas las suposiciones insensatas y repugnantes, los ritos extravagantes, los escesos, las orgías mas desenfrenadas que se achacaban à los antiguos heréticos,—ni uno solo de esos yerros se dejaba de atribuir à los Templarios.

Como se trataba de una órden religiosa à la vez que militar, los acusados comparecieron primeramente ante los tribunales eclesiásticos.

Parece que algunos de ellos, amenazados de ser sometidos à la tortura, confesaron que eran culpables de todos cuantos crímenes se les quiso imputar.

Cincuenta y nueve fueron sentenciados à perecer en una hoguera.

Cincuenta y nueve sufrieron este horrible suplicio.

Entre los que habian confesado ser culpables de aquellos crímenes supuestos, contábanse Santiago de Molay, gran maestro de la órden, como ya hemos dicho; Guy, gran prior de Normandía; Hugo de Peralte, gran visitador de Francia; y el gran prior de Aquitania.

El Papa se habia propuesto salvarlos; pero esigió para tal hacer que volvieran à confesar en público todo lo que habian declarado ante los tribunales.

El dia que se habia fijado para su ejecucion, fueron conducidos al cadalso que se habia construido enfrente de la puerta principal de Nuestra Señora.

Hacia un lado, los verdugos estaban ocupados en los últimos preparativos de la hoguera que habia de devorarlos, si no cumplian con las condiciones que para salvarlos les habian impuesto.

Leyéronse en alta voz las declaraciones que habian hecho repetidas veces de los crímenes que se cometian en el seno de la Orden.

Uno de los enviados del Papa pronunció un extenso discurso sobre el asunto,

y les intimó confesasen públicamente esos mismos crímenes de que se habian reconocido secretamente culpables ante los jueces.

Entonces, el gran maestro, anciano venerable, se adelantó al borde del cadalso, y sacudiendo las cadenas que pesaban sobre sus temblorosas manos, y mirando con semblante frio y desdeñoso la hoguera, dijo con voz sonora à la par que firme:

“El horrible espectáculo que presentan à mi vista, no es bastante para hacerme confirmar una primera mentira con otra mentira. Yo he traicionado à mi conciencia; tiempo es ya de que triunfe la verdad.

“Juro, pues, à la faz del cielo y de la tierra, que todo lo que se acaba de leer tocante à los crímenes y à la impiedad de los Templarios, es una infame calumnia.

“Esa es una Orden santa, justa, ortodoxa, y merezco yo la muerte por haberla acusado à instancias del Papa y del rey.

“¿Por qué no es posible que espie yo este delito con un suplicio mas terrible aún que el del fuego?

“Este fuera el único medio que tendria de alcanzar el perdon de los hombres y la misericordia de Dios.”

Guy, gran prior de Normandía habló en los mismos términos.

Los otros dos insistieron en lo que primitivamente habian confesado.

Sorprendiéronse en gran manera los jueces, los delegados del Papa y sus secretarios.

Los dos refractarios fueron conducidos de nuevo à sus calabozos.

El rey reunió à toda prisa su consejo.

Sin que se les oyera de nuevo, fueron condenados los templarios como heréticos relajados al suplicio del fuego, y la sentencia se ejecutó al dia siguiente en la isla del Palacio.

En medio de las llamas y hasta el último aliento protestaron ser inocentes, y emplazaron al rey y al Papa ante el tribunal de Dios,—al Papa Clemente dentro de cuarenta dias,—al rey Felipe dentro de un año.

El pueblo, testigo de la constancia y de la fortaleza de ánimo de estos desgraciados, vertió lágrimas ante aquel fin trágico y quedó convencido de que morian inocentes. Lo que le confirmó en esta persuasion fué el fallecimiento de los dos autores de esta catástrofe, que acaeció en los plazos que les habian señalado sus víctimas.

Se hace difícil creer, dice Anquetil, en cuya magnífica obra hemos copiado el relato anterior, que la Orden entera, especialmente los de mas edad, fuesen culpables de las iniquidades, tan insensatas como extravagantes que se les imputaban; pero puede ser que los Templarios mas jóvenes, que en su mayor parte pertenecian por su nacimiento à la corte de Felipe el Hermoso, hayan participado de la disolucion que reinaba en ésta.



Y es que, en efecto, esta disolucion traspasaba los límites de todo cuanto puede inventar la imaginación mas depravada.

Margarita de Borgoña y sus dos cuñadas eran allí las reinas de la moda, y no faltaba día sin que se complujeran en inventar vestidos, trajes y adornos de formas nuevas.

“Tanto quisieron inventar,—dice un cronista contemporáneo,—que pronto “dejaron á descubierto el seno, las piernas, y aún algo mas.”

Y véase hasta donde llegaba la depravacion de estas tres mugeres: el poeta Jehan de Meung, que apellidaban por broma *Clopinel* ó *Pian-Pian* porque era cojo, habiéndose atrevido en sus versos á entrar en ciertos pormenores que daban á entender muy á las claras que no debían ser las princesas sobrado castas y honestas, éstas lo mandaron llamar, armáronse de unas varillas de mimbre y se encerraron con él en su aposento, donde le obligaron á que se desnudara. Cuando el infeliz se encontró en el mismo estado de desnudez que cuando lo pariera su madre, dió Margarita la señal de fustigacion. *Clopinel* en esta crítica circunstancia recurrió á sus gracejos habituales, púsose de rodillas, y suplicó rendidamente á aquella que se creyese la mas ofendida de las tres en sus escritos, fuera la primera en herirle. Ninguna de esas hermanas que se habian dado por tan ultrajadas quiso comenzar, y el astuto Jehan de Meung pudo librarse así de una soberana azotada.

Durante seis años se mantuvo esa muger extraordinaria en el estado de ecsasperación de que hemos hablado.

Empero Luis el Hutino habia sucedido á su padre Felipe el Hermoso. Mas pródigo aún que éste, su primer cuidado fué pensar en conseguir dinero, cosa sumamente difícil despues de agotados los mil medios á que habiase ya recurrido bajo el reinado anterior. Pero la necesidad vuelve al mas torpe ingenioso. Luis X declaró solemnemente que en el reino de los francos no debía haber siervos.

El juego de palabras tenia cierto mérito; así es que el honrado monarca se lo hizo pagar bastante caro, obligando á todos sus siervos á que compraran en buenos escudos sonantes, esa libertad que habia declarado inenagenable.

Este procedimiento llenó de pronto las ecshaustas arcas de Enguerrando de Marigny, que seguía siendo el ministro todopoderoso de Luis, y que bien pronto debía pagar con su sangre la culpable condescendencia que habia mostrado para con los desórdenes de todos los miembros de la real familia.

Pero aquello era lo mismo que una gota de agua en el Océano, y pronto se hizo preciso inventar y acudir á otros medios, pues los impuestos en cuanto se percibían desaparecían con una rapidez extraordinaria y nunca eran suficientes para que el Estado llenara sus atenciones.

A la manera de dos hijos de familia que se han arruinado prematuramente, Luis tuvo entónces la idea de restablecer su fortuna por medio de un buen casamiento, y pensó desde luego en Clemencia, hija del rey de Hungría.

Por desgracia, para contraer nuevas nupcias, tenia que vencer un obstáculo

muy grande: Margarita de Borgoña permanecía siempre en su calabozo y á pesar de los padecimientos que se le imponían y de su estado de incesante ecsaltacion, no parecia que estuviese muy próxima á abandonar este mundo por otro mejor, á ménos que... se tomaran medidas para que así fuera.

Verdad es que podía superarse esta dificultad por medio del divorcio; pero para eso era preciso recobrar el permiso del Papa, y el Santo Padre, consecuente en esto con el ejemplo que le habian dado sus antecesores, tenia la buena costumbre de no dar nunca con una mano, si no recibía con la otra; y como quiera que los favores espirituales de la Santa Sede costaban muy caro, corría riesgo de desaparecer en las arcas de Roma el dote de la princesa de Hungría.

Tal no era la intencion del rey de Francia, que estaba mucho mas escaso de dinero que de mugeres.

Luis X se hallaba, pues, de un humor pésimo; mandó llamar á Enguerrando de Marigny y le preguntó cómo podía ser que hubiese acumulado tantas y tantas riquezas sirviendo á un príncipe que siempre carecía de dinero.

Estremecióse el ministro: ocurrióle de pronto que no teniendo ya Templarios á quienes quemar, judíos á quienes despojar de sus bienes, ni siervos á quienes pudiese vender su libertad, no se haría imposible que el rey quisiese formular alguna acusacion capital contra su primer consejero:—pero Enguerrando era un truhan mas astuto que una zorra y que no solía caer en redes ajenas; recobró su sangre fria y dijo al rey:

—Señor, siempre he cuidado de dar buenas y esactas cuentas á monseñor el rey, vuestro difunto padre, y lo propio haré con vuesa señoría. Pero, el honor de un monarca es mas precioso que todo el oro de la tierra; si pues los cortos bienes que honesta y legítimamente he adquirido hasta hoy pueden seros de alguna utilidad ó de vuestro grado, de todo corazón los depositaré á vuestras plantas, á fin de que en ningun tiempo se pueda suponer que los obtuve por dolo ó por violencia.

No siempre se mostraba Enguerrando tan dócil y deferente para con el rey; pero esta vez anduvo muy feliz, pues Luis X no quería otra cosa mas que obtener dinero de su ministro. Avergonzóse, no obstante de ver que aquel sospechaba la verdad, y dió otro giro á la conversacion, quejándose amargamente de los obstáculos que se oponían á la realizacion de sus deseos matrimoniales; de que se veía en la obligacion de dar al trono un heredero directo, y de la imposibilidad en que se hallaba de volver á llamar á su lado á Margarita de Borgoña, que era la que habia causado todas las desgracias y los disgustos que pesaban sobre su ecsistencia.

Esta última alegacion era mucho mas positiva de lo que creía el buen Luis, y harto lo sabia Enguerrando, que con tanta condescendencia habia dejado á Margarita de Borgoña tomar el oro á manos llenas en las arcas del Estado en la época en que gozaba de un poder omnipotente y hacia en la corte de Felipe



el Hermoso *los días serenos y las tempestades*. Aquella muger podia acusarle y hacer sobre sus prevaricaciones unas revelaciones terribles. Asaz favorable se le presentaba la ocasion de hacerla desaparecer, y no perdió ni un momento ese honrado ministro de dos reinados para conseguirlo.

Insinuó al rey que el encierro perpétuo de la reina de Navarra habia sido un sentencia que pronunció su padre Felipe por hacer un favor especial á la hija del duque de Borgoña, y con la condicion tácita, pero espresa, de que esta princesa se mostraria digna de tal clemencia, observando una conducta ejemplar;—pero, añadió Enguerrando,—en vez de resignarse con su suerte y de redimirse de sus grandes culpas con el arrepentimiento y el temor de Dios, profiere incesantemente imprecaciones é injurias contra los que la han tratado con tanta indulgencia despues de haber recibido de ella ofensas é ignominia.

Quedó muy satisfecho el rey con esta insinuacion; ya habia pensado muchas veces en lo que le decia Enguerrando de Marigny; pero le repugnaba el tomar la iniciativa en un negociado tan delicado. Ahora que ya estaba abierto el camino, no debia detenerse en ninguna consideracion. Dió orden de que este asunto estuviera concluído lo mas pronto posible.

Margarita estaba siempre presa de la misma ecsasperacion.

Como ya lo hemos dicho anteriormente, desde que saliera Blanca de aquella prision, no habia herido sus oidos mas voz humana que la suya propia; así es que se sorprendió sobremanera cuando un dia, y á una hora distinta de la en que solia traerle el guardian sus escasos alimentos, entró este y le suplicó respetuosamente le concediera el honor de escucharlo.

—Qué tienes que decirme, maldito?—contestó la reina. Será acaso que ya se acuerdan en Paris, de que soy hija de Roberto II y nieta del santo rey Luis el noveno? Por Satan! demasiado tiempo ha ya de que lo tienen olvidado esos villanos.

—Señora, un mensajero de monseñor el rey Luis X acaba de llegar á este castillo....

—Luis XI! ¿Somos, pues, ahora reina de Francia?....

—Hará cerca de seis meses que monseñor el rey Felipe IV ha pasado á mejor vida.

—Oh! soy reina de Francia! Y el suelo me sirve de lecho, este calabozo es mi morada real, y estos harapos podridos cubren mi cuerpo de reina!

—Señora, este enviado tiene que hablaros de parte del rey, nuestro amo y señor, os tiene que decir cosas tan importantes que, como no estais en estado de oirlas con paciencia, he creído que acogeriais con satisfaccion á algun sacerdote que con sus exhortaciones logrará tal vez calmar vuestra mente y tranquilizaros.

Margarita se quedó espantada, habia comprendido la terrible verdad.

—No, no,—dijo con voz desfallecida, no es ni un sacerdote ni ningun otro hombre de paz al que habeis traído.... Es el verdugo cuya llegada me estais anunciando....

Y luego despues recobrando toda su energia, exclamó con voz clara y firme:

—Atras! atras, asesino!... ¿Quién se atreve á alzar la mano sobre la reina de Francia? Atras, ó si no, malvado, hemos de ahorcarte con nuestras reales manos.

Subió de punto su furor y tuvo el carcelero que alejarse para sustraerse á sus violencias; pero bien pronto volvió á presentarse acompañado de un monge y de otro hombre de aspecto siniestro, que parecia tener las fuerzas de Hércules y llevaba atado en la cintura con una correa un formidable machete.

—Señora y reina mia,—dijo el fraile,—tiempo es ya de que penseis en vuestra salvacion, y habreis de querer reconciliaros con el Todopoderoso, á quien tan grandemente y tan á menudo habeis ofendido durante vuestra vida....

—Oh! morir, morir en un calabozo, cuando debiéramos estar sentada en el primer trono del mundo!....

—Señora,—dijo el hombre del machete,—apresuraos, porque debemos dar cuenta al que nos manda aquí de todos los instantes.

Margarita fué presa entónces de un acceso tal de rabioso furor que se echó en el suelo húmedo del calabozo y se revolcó en él torciéndose los brazos y lanzando rugidos como una leona herida.

En vano se esforzaba el fraile en dirigirla la palabra; esta fiera ni siquiera le oía:

—Hola, hola!—exclamó entónces con voz de trueno el hombre del terrífico semblante,—mucho os escuece, madamisela, no ir en derechura al purgatorio, ya que quereis morir sin confesion.

Al fin, al cabo de un gran rato, recobró la desgraciada una poca de tranquilidad.

—Teneis razon, padre,—dijo dirigiéndose al religioso,—no es tan apetecible esta mísera vida que sea digna de que se sienta tan amargamente el quitarla. Estoy pronta; oidme.

Hízole seña de que se sentara en una piedra, único mueble que habia en aquel lugar, y arrodillándose, pareció enteramente resignada con su suerte.

De vez en cuando, mientras se estaba confesando, el hombre del machete consultaba al monge con la mirada. Este, despues de un momento alzó la mano, para bendecir á esa gran delincuente, y al punto el verdugo, pues él mismo era, se abalanzó para asirse de ella.

Pero mas pronta que él, Margarita se habia puesto en pié, impelida por el deseo de la conservacion, aferróse á sus vestidos y procuró impedirle sacara de la vaina aquella arma terrible que llevaba en la cintura.

El verdugo intentó librarse de aquella presion ffenética; pero no pudiendo conseguirlo, echó mano de la larga cabellera que caia en desórden en las espaldas de esa desdichada y ocultaba su desnudez; la enrolló en derredor de su cuello y con su brazo de hierro dió unas cuantas vueltas á este lazo.

—Luis,—exclamó Margarita,—te emplazo para dentro de un año!



Estas fueron sus últimas palabras: encendiósele el rostro, inyectáronse sus ojos de sangre; estaba ahorcada.

Luis X pudo, pues, desposarse con Clemencia de Hungría; pero esas últimas palabras de Margarita: *Luis, te emplazo para dentro de un año!* le fueron repetidas, y con ellas quedó tanto mas herida su imaginación cuanto que su padre, Felipe el Bello, y el Papa Bonifacio VIII, aplazados de la misma manera por el gran maestro de los Templarios habian muerto efectivamente en el curso del año que se les habia señalado.

Nada pudo disipar la especie de terror de que estaba poseído el monarca, y antes de que transcurriese ese mismo año espiró en su palacio, dejando el trono y la corona de Francia á su hermano Felipe V, que apellidaron sus contemporáneos Felipe el Largo.

Hemos visto que á Juana la declararon inocente.

¿Cómo pudo suceder esto?

Es lo que no refiere ningun historiador.

Sea de esto lo que fuere, parece que su marido volvió á tomarla á su lado, únicamente por obedecer al rey su padre; pues cuando él á su vez subió al trono, su primer cuidado fué separarse de esta princesa, pero no mandándola ahorcar á manera de su hermano Luis; no, Felipe queria que ella viviese y que llevase una vida mucho mas terrible que la muerte de Margarita de Borgoña.

En cuanto se hubo declarado rey de Francia hizo decretar por los Estados generales que habia convocado en Paris y por la Universidad, que las mugeres quedaban escluidas para siempre del trono.

—Señora,—dijo á Juana en cuanto quedò promulgada aquella ley,—creo que no he inaugurado mal mi reinado con esta disposicion, porque todos los males que suelen sobrevenirles á los reyes proceden de las mugeres; mas en mi sentir no basta aún eso, porque me parece que éstas y especialmente las que son esposas de reyes, deben vivir en la honestidad, ó mas bien en un retiro donde estén al abrigo de las adulaciones y de los malos consejeros. Por esta razon, os hemos escogido una mansion que seguramente os ha de agradar sobremanera, pues os recordará á muchos gentiles mancebos que en ella soliais ver en los pasados tiempos.

Juana no era ya aquella muger audaz, astuta, de carácter de bronce, capaz de luchar con Margarita de Borgoña, Orsini y el mismo Buridan; habíase gastado su energía en los tormentos morales que le habia causado aquel grande escándalo que hemos procurado referir con toda la posible exactitud histórica; con solo oír la voz de su marido, se quedaba sobrecogida de espanto.

—Monseñor,—contestó con voz temblorosa,—¿os habré ofendido sin saberlo, pues que quereis me aleje de vuestra real persona?

—Serémos vecinos, señora; quiero que solo nos separe lo ancho del rio Sena. Palideció Juana y poco faltó para que cayera desmayada.

El rey estaba saboreando en cierto modo aquel terror, pues habia amado sin-

